

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO,
RICARDO SEPÚLVEDA.

SEMANARIO HUMORÍSTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs. — AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre, 3 ps. fs.; un año, 5½ ps. fs. —

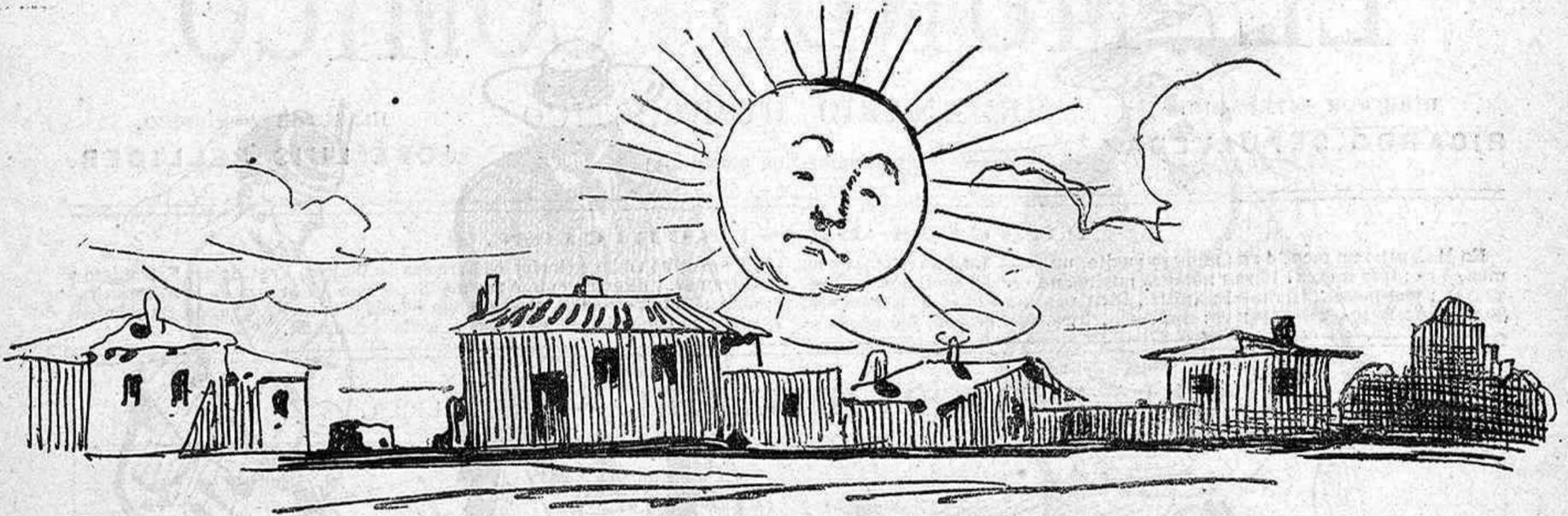
Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administracion de este periódico, plaza de San Nicolás, núm, 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

EN LA EXPOSICION PERMANENTE. — POR PELLICER.



—¿De quién es?
—De Fortuny.
—¿Tan chiquitín?...

EL VERANEO. — POR PEREA.



(Un viajero.)—Pues, señor; me parece que el sol de los pueblos es mucho mayor que el de Madrid.

JUEVES Y DOMINGOS.

Doña Timotea es la viuda de un coronel, que nadie conoció en la Dirección del arma de infantería, parapetada decentemente detrás de 63 Navidades, merced á tres ó cuatro rosas de trapo diseminadas sobre una abundante cabellera, cuyo nacimiento aseveran reputados cronistas tuvo lugar á continuación de un gallardo potro cordobés.

Doña Timotea, que no es persona á quien le gusta nada bajo ni inconveniente, habita en un piso cuarto, en compañía de su niña Rita (imposible de 20 Carnavales), y de un piano de hechura de pupitre covachuelista, obra magna de su artística ascendencia. Ya habrán ustedes comprendido, por el modo de marcar el paso, que doña Timotea recibe los jueves y domingos.

¡Jueves y domingos! ¡Los mismos días que salen los chicos de San Anton... para jugar al marro!... ¡Jueves... fecha semanal del mercado de caballerías!... ¡Domingo... efemérides cornúpetas del matador Frascuelo!...

¡Cuidado con doña Timotea, qué agallas tiene!...

Pero sigamos describiendo.

El salón (palabra auténtica), es un bosquejo de casilla del resguardo, alfombrado en invierno con un fieltro de á 75 céntimos de peseta vara, cuya parte decorativa mueve el ánimo á sentarse á merendar con igual franqueza que si se hallase uno en el Vivero, en la Fuente de la Teja ó en la Muñoz... Es una alfombra... muy verde... El piano (y perdón Euterpe), reside entre la puerta del gabinete y la del salón, á fin de dejar espacio á los danzantes para limpiarse las botas, oficio en cuya práctica se ven precisados muchas veces á retirarse á la cocina y otras dependencias de la casa, á fin de no dar el último aliento con el de tanto pulmón.

¿Tendrá relaciones doña Timotea?...

Pues bien, ya que están ustedes dentro merced á mi habilidad, que los ha enchiquerado por las nubes á guisa de proyectil hueco, informémonos de cómo se ingieren en la reunión los que vienen por la calle del Tribulete.

Primeramente, no hay portería en la casa; es decir, desde el anochecer en adelante, está obligado todo quisque á hacer su poquito de gimnasia, descargando cinco martillazos y el tradicional repiquete sobre media libra (ó sean dos cuarterones), de puerta, numismática joya escondida en aquella olvidada calle. Consecuencia de la susodicha serenata es, que baja una cascarriosa hija de Pelayo, armada de su inseparable palmatoria, estilo Alonso Onceno, y les dá á ustedes permiso para aspearse, humillando el poderío de ochenta y cuatro escalones, cuya armonía debe ser poco edificante, á juzgar por lo separados que se hallan. Llegan ustedes arriba (¡que es llegar!...) y doña Timotea en persona, y en tienda, ó sea con todos los atributos de harina, bandolina y otras iniquidades, sale dispuesta (si no es que se visten ustedes por los pies), sale dispuesta, repito, á largar

un par de besos, cuya incontestable generosidad reparte con la recibidora el bermellón del rostro de la donante. Adelante.

Detrás de la dueña de la casa sale Rebollo... un pollo. Este implume avechucho es una gloria de la Universidad central, por su gran conocimiento de Ovidio en el *ars amandi*, ciencia acerca de la cual consulta de continuo á Rita, que es... ¡un verdadero tomo!...

Empieza por fin el baile. Un cadete de infantería afianza una joven que cose en blanco para la tienda, ni más ni menos que si ésta fuese una carabina Remington. Un ciudadano de 14 años, que dentro de poco gastará reloj, se encomienda á una señorita indestructible (40 años y celibato crónico. Se suplica el coche). El joven Rebollo se sienta en el banco de la paciencia, y sacude briosamente las teclas, quienes convencidas de la superioridad de su contrario, inician la *Casildita*, habanera compuesta por dicho señor en el cumpleaños de la dueña de la casa, y tras estos esforzados paladines lánzase unos forzados y otros forzados, acabando todos por sudar á mares durante los 35 minutos que dura la gachona habanera. Hay también (porque hay de todo) jóvenes filósofos y filósofas que, huyendo del mundo y de su profano incentivo, se refugian en rincones de la casa para hablar de cosas más serias y convenientes... ¡tal vez de las cuarenta horas!... ¡Pobres niñas!... ¡Algunas salen cojas al final de la partida, en fuerza de los pisotones... de los bailarines!...

Oigamos por fin á doña Timotea, que reasume la importancia de sus *soirées* en esta académica improvisación:

—Sí, señora doña Sinfioriana, bien puede usted creerme; soy esclava del orden en mi casa. ¡Ya podía yo ver que en ella diesen cabezadas las mamás, ni las niñas fuesen con pretexto de tomar un dulce á escuchar las picardías de cualquier silbante lejos de las miradas de sus madres, como sucede en casa de doña Prisca, la mujer del portero de Marina! ¡Pues aviados estábamos! Yo no doy ni agua por eso mismo... Porque ya ve usted, con un par de pesetas estaba una *eumplida*; pero vamos al decir... Pues ¿y la lotería? ¿Dónde me deja usted la lotería? Empeñada estaba la mamá de Virtudes en que en mi casa se jugara. Pero ¡qué empeño! ¡Vamos!... hay gentes que parece que no tienen para poner un puchero. ¡Calle usted, señora! ¿Qué *nesecidaz* tiene una de esos belenes? A lo mejor sale un caballerecito gritando ¡quina!... y no tiene ni ambo. ¿En qué estará pensando ese tuno, dígame usted? Luego después me reservo aquello de que se caen muchas bolas al suelo, y todos los chicos las quieren buscar debajo de las faldas... ¡Arre! ¡Vayan al cuerno!... Que bailen todo lo que quieran... ¡que bailen!... pero que sea en presencia nuestra.

Y doña Timotea, haciendo mil cortesías, prosigue con Morfeo, que no cesa de galantearla, la conversación que sostenía con doña Sinfioriana, señora que hace rato le disputa el galán con heroica desfachatez. A los cinco minutos, ambas mamás, que duermen lo mismo que si estuviesen en el rosario de San Luis, autorizan con su presencia

EL PRO Y EL CONTRA DE LOS VIAJES. — POR PEREA.



—Los ladrones han hecho descarrilar el tren. En el barullo se ha extraviado mi mujer. ¡Qué ganga!



—¡Robados y á treinta leguas de Madrid! ¡Bonita situacion! ¡Ni á Julio Verne le pasan estas cosas!

el bailoteo de las niñas, concluido el cual tienen éstas siempre que arreglarse la corbatita y el *fichú*, por consecuencia de los empujones... ¡de las demás parejas!...

José Soriano de Castro.

EPIGRAMAS.

(INÉDITOS.)

Hoy he estado en Chamberí,
decía Paca á su curro;
y he visto un macho y un burro,
pero no te he visto á tí.

Decía Roque, mi Paca
come vaca, y siempre vaca,
y yo que vaca no quiero,
carnero, y siempre carnero,
y nadie de esto me saca.

Uno y otro es confortante,
replicó un estudiante;
y haceis muy bien, ¡voto á tal!
sólo hallo que cada cual
se come á su semejante.

Miguel Agustín Príncipe.

TU MANO.

Mientras pretendo, no en vano,
poner la mano en tu pié,

hoy las glorias cantaré
de tu poderosa mano.

Mano, cuyos suaves dedos
hieren en lo más profundo,
va fraguando por el mundo
mil amorosos enredos.

Breve y blanca, los confines
toca de la perfeccion;
llamárala Calderon
«manojito de jazmines.»

Cuando tocas el piano
siento de celos la lidia,
y á las teclas tengo envidia
que acaricias con tu mano.

Si bordas y mil primores
en flores muestras, es llano
qué, por bordarlas tu mano,
encuentro vida en las flores.

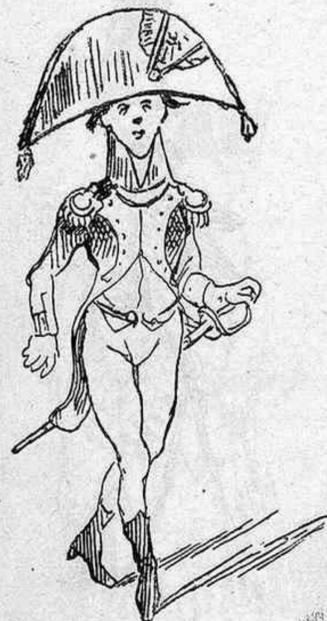
Tengo un asunto pendiente
y el perderle fuera cruel;
si tú pones mano en él
me saldrá perfectamente.

Debe ser tan dulce y sano
su impresion suave sentir,
que contigo he de reñir
porque me sientes la mano.

Mis gustos respetarás,
aunque el bofetón pretenden;
si *manos blancas no ofenden*,
con las tuyas me honrarás.

Y aunque á pedir no me allano,
y aunque á tu padre no cuadre,
he de pedir á tu padre
que me conceda tu mano.

Eduardo Bustillo.



1808



1814



1821



1826



1828



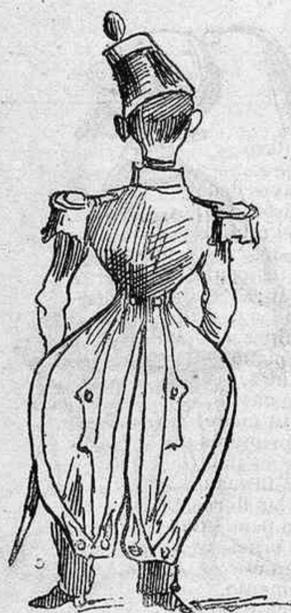
1830



1835



1841



1846



1850



1854



1856



1860



1868



1871



1874

LEY DEL AMOR.

Es cosa bien singular
el amor de la mujer;
cuando ella empieza á querer
comienza el hombre á olvidar.
Caso es que dá que pensar
al más agudo doctor;
mas de esta ley el rigor

se funda en claras razones:
no cabe en dos corazones
á un mismo tiempo el amor.
Es ley rigurosa y fuerte
de esta pasión fementida,
que el deseo la dé vida
y que el triunfo la dé muerte.
Sábelo, mujer, y advierte
que si pretendes gozar,
al hombre no has de mostrar
de tu pasión el poder;

que al empezar tú á querer
él comenzará á olvidar.

M. de la Revilla.

MI NOVIA.

Flaca, y enjuta, y seca y consumida,
su raquítica faz robóle al hambre;
y su pelo no es pelo, que es estambre;
y su nariz es roma y retorcida.

Su amor es el infierno en esta vida,
cuando escucho su voz me dá un calambre,
lo mismo son sus brazos que el alambre
y su enorme joroba el diablo anida.
Me dá en vez de cariño, fuego lento
que la sangre me quema, y por ser malo
¡lo es también el olor que echa su aliento!
¡Oh novia mia! ¡dame un varapalo!
¡y renuncia, por Dios, al casamiento!
¡Tú la quieres, Fabian? ¡Te la regalo!
Santos Pina.

CREMA DE LA EMPERATRIZ. — POR LUQUE.



— ¿Dónde está la crema que había en este frasco, caballero?
— Me la he comido...

LOS DESOCUPADOS.

Bienaventurados los que... no conocen ningún desocupado. Raza feliz, que forma un grupo aparte de los demás seres. Tipo *sui generis* que á cada paso encontramos en nuestro camino, las más de las veces para desesperarnos.

¿Quién se ve libre de un desocupado? ¿Quién, por lo menos, no tiene el *disgusto* de tratar á uno? Nadie: todos los conocemos; todos les estrechamos la mano cuando tenemos la desgracia de tropezar con ellos.

Supongamos, querido lector, que recibe usted una cartita de su amada (y usted dispense el modo de señalar), en la que le dá una cita. Sale usted de su casa deseando llegar al sitio designado con toda puntualidad, para demostrar así á la señora de sus pensamientos los deseos que tiene de verla y de decirla lo *de siempre*. Pero, amigo mio, al hacer estos propósitos, no contaba usted con la huésped, esto es, con el desocupado, que á la mitad del camino le sale á usted al encuentro, y tendiéndole las dos manos, y á veces los brazos, comienza con sus palabras sacramentales de:— «¡Hola, amigo! ¡Cómo vá! ¡Tanto tiempo sin tener el gusto de verle! No se le echa á usted la vista encima,» y otras por el estilo. Usted, como es natural, no le ha de dejar con *la palabra en la boca*, y tiene que contestar á todas sus preguntas, aunque no sea más que por educación.

Pero no pára aquí la cosa, sino que despues de enterarse de todo esto, que maldito lo que le importa, le dirigirá á usted la otra preguntilla:— «¿Adónde se va?» De buena gana le contestaría usted:— «Donde á usted no le interesa;» pero por aquello del que dirán, pone usted en su conocimiento el sitio adonde se dirige. Pues ¡ya le cayó á usted que hacer! porque le oirá exclamar en seguida:— «Pues vamos, le acompañaré á usted... casualmente no tengo hoy nada que hacer.» Y hé aquí que con todas estas preguntas y respuestas, con las correspondientes paraditas que hace su acompañante al irle relatando lo que á usted le tiene sin cuidado, llega tarde á la cita, y el resultado de todo esto, ya se sabe: *monos* un par de días. Y todo ¿por qué? Por un desocupado.

Y no es esto sólo: el desocupado se entretiene en averi-

guar vidas ajenas; así es que está al corriente de los amores que ha tenido la señorita X; de si á la señora de H le dá su marido muchos disgustos, y de si la de Z se los administra á su marido; en fin, él lo sabe todo, porque, como dice, en algo se ha de ocupar, ya que nada tiene que hacer.

Pero lo más original del caso, es que la mayor parte de las veces, la vida de estos eternos desocupados es un enigma para todo el mundo: ellos gastan y triunfan, sin conocerseles rentas ni de donde les vengan. Pero en cambio no hacen nada... más que fastidiar al prójimo que cogen por su cuenta. Dios nos libre de ellos, y digamos, bienaventurados los que... no conocen ningún desocupado.

J. M. Loredo.

FÁBULA.

Doña Isabel, esposa de un valiente, engañaba al marido diariamente: se descubrió el pastel, murió el marido, y de remordimientos el querido.

No engañó á su marido un sólo día doña Inés: *le contaba* cuanto hacia; y á fuerza de palizas, su adulterio condujo á doña Inés al cementerio.

En situación, esposas, tan terrible, no hay por lo visto solución posible.

Alberto Llanas.

— ¿Cuántos años tienes, niño?
— En casa ocho; y cuando voy en el tren con mamá no he cumplido los cinco.

POLVOS DE ARROZ... ETC. — POR LUQUE.



— Pero ¿por qué te opones, esposo mio?

— Porque todos esos polvos no los usas por mí... Como vuelva á verte la cara empolvada te... mando barrer.

BALADA.

Triste del pollo que amante espera
triunfar de fiero, mortal desvío,
y el tiempo pasa de pie en la acera,
pillando frio.

Ser comidilla de las vecinas,
hacerse el blanco de sus chacotas
y andar sin tregua, por las esquinas
rompiendo botas.

Pasarse el dia pisando lodo;
servir de estorbo constantemente
y los insultos sufrir de todo
bicho viviente.

Tener coloquios con las criadas,
en sobornarlas gastar un pico,
y del objeto de sus miradas
llevar un mico.

Sentir que el pecho se descalabra,
velar de noche, sufrir tormento,
y hacer pucheros y dar palabra
de casamiento.

Y así en la tierra como en el suelo
no hallar remedios en su agonía,
y ver al cabo que es su consuelo
la Vicaría.

Llamarse esposo, frase que espanta,
con suegra, chinches y sin respiro,
y para colmo de dicha tanta,
¡pegarse un tiro!

Luis Taboada.

Diálogo entre dos niñas, una de edad de tres años y otra de cinco.

La pequeña. ¡Qué hermoso es el cielo!

La mayor. ¡Sí, muy hermoso! ¡Y eso que no le vemos más que por el revés!

EL MICROSCOPIO.

Hablando del microscopio
en la mesa de un café,
exclamaba entusiasmado
el físico don Andrés:
— Señores, es increíble
de ese instrumento el poder.
Sólo en una gota de agua
pude observar una vez,
¡más de un millon de infusorios
que corrian en tropel!

Y un andaluz que le oia
con extrañeza é interés,
exclamó, lanzando un terno:
— ¡Zoberbio chizme, gaché!
Zi lo piyan en mi tierra,
¡qué cozaz ze van á ver!!

Vital Aza.

EN CUALQUIER VILLORRIO. — POR PEREA.



— Diga V., buena mujer, ¿no hay aquí *polissones*?
 — *Polizóntes* querrá V. decir. No hay más que el alguacil del señor alcalde.

SONETO.

Me agrada una mujer con negro traje
 porque cierto misterio de sí arroja,
 que hace experimentar tierna congoja
 al corazón más duro y más salvaje.

Pláceme ver también de oro y encaje
 cubierta una mujer, y no me enoja,
 el que la niña que yo quiero escoja,
 cual signo de candor, blanco ropaje.

Y puesto que mi gusto bien se aviene
 con la manera de vestir distinta,
 averiguar el tuyo me conviene:

Responde, Flavio, y sácame de dudas,
 diciendo la verdad clara y sucinta:

—¿Cómo te gustan más? — ¡A mí, desnudas!

Angel del Palacio.

Histórico.

En la Academia de jurisprudencia estaba una vez un orador, bastante pesado, pronunciando un discurso sobre filosofía.

Después de vagar durante un par de horas por los espacios imaginarios, principió su resumen diciendo:

«¿Quereis saber mi opinion sobre los filósofos? pues os la diré en dos palabras.

Si Sócrates me llamase á sus lecciones, acudiría; si Platon me llamase á sus lecciones, acudiría también; si Krausse me llamase... me callaría.»

— ¡Krausse te llama, — interrumpió un chusco desde los últimos bancos.

Y allí se acabó el discurso.

LA MAYOR DESGRACIA.

Romperse en una esquina las narices,
 de la cumbre de un monte despeñarse,
 combatir con las fieras del desierto,
 y verse prisionero entre salvajes;
 es mil veces mejor, que la desgracia

del hombre que emprendiendo un largo viaje,
 al tomar posesion de su destino
 me lo dejen cesante.

Enrique Príncipe y Satorres.

NO TE PUEDO QUERER.

Yo te quise, te amé, te adoré tanto,
 que no pudo ser más,
 por tus desdenes he vertido llanto,
 pero tienes un génio, que hasta á un santo
 al fin fastidiarás.
 ¡Que tiene, pues, de extraño, prenda amada,
 que siendo pecador,
 y viendo mi pasion tan despreciada,
 mi alma, de rogarte ya cansada
 maldijera su amor!

A no ser de este modo, yo te juro,
 amada prenda mia,
 que aún á costa de verme en un apuro,
 con un amor inextinguible y puro
 por siempre te amaría.
 Pero tienes un génio tan maldito,
 ¡valgáme San José!
 que á pesar de ese cuerpo tan bonito
 olvido para siempre el cariñito
 que un día te juré.

Aureliano Pereira.

Solucion á la charada del número anterior.

LATIDO.

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET.

Calle de la Libertad, núm. 29.